

Meditación para un Nuevo Año

Lo convencional tiene más importancia de la que, con criterio poco perspicaz, suele creerse. Piénsese, si no, en las matemáticas que para muchos significa el paradigma de las ciencias y del conocimiento. Pues las matemáticas, si le suprimimos todo lo convencional que en ellas existe, desde el sistema de numeración hasta el paso al límite, pongamos por caso, casi se nos derrumbarían y quedaríamos con unos pedazos rotos e inconnos de dudosa, o cuando menos, disminuida utilidad.

Igual ocurre, en mayor o menor medida, con las demás disciplinas, ya sean científicas, ya sean humanísticas. Y sucede de esta forma, precisamente, porque el hombre en su afán de comprender y aprender su entorno, o compelido por la necesidad de relación, ha tenido que inventar los instrumentos auxiliares idóneos.

Con el tiempo, tan difícil de definir como de acotar, se vió obligado a buscar una medida, delimitándolo, para que la personal memoria histórica tuviera sentido y dirección y no quedaran los hechos y sucesos en revuelto y anárquico caos.

Hoy nos parece tan natural y normal que el año tenga 365 días, que, sugerir cualquier duda bastaría para descalificar nuestro buen sentido. Y sin embargo no siempre tuvo duración

igual ni todas las civilizaciones se han regido por la misma división. La cuestión se complicaría si consideráramos la relatividad del tiempo. Pero no va por allí nuestro propósito.

Nuestro tema es que por aceptada e indiscutida convención, estamos a punto de terminar un año. No existe diferencia entre el último día de un año que acaba y el primero de otro que comienza; no obstante, parece como si hubiera una línea, o un escalón, o un puente, que separa o une, según se mire, dos espacios temporales distintos y bien concretos.

Por costumbre convertida ya casi en Ley, ésta es también ocasión de cerrar ciclos o períodos en las distintas actividades, de hacer examen de resultados, de programar tareas futuras y de reflexionar sobre el pretérito y el porvenir, tan unidos y a la vez tan irremediabilmente distanciados.

Aunque el futuro, en parte esté condicionado por el pasado (el presente, por su fugacidad, es casi un pasado en formación o un futuro que está ocurriendo), tiene, no obstante, una peculiaridad que le otorga un especial atractivo: sus múltiples posibilidades que, mientras se materializan o se frustran, poseen una enorme carga de sugestión. Y ahí que al tratar de prever lo por venir, nos invada siempre un ilusionado optimismo.

Un año nuevo, como todo lo que nace, representa un proyecto de vida, constituido por confusa mezcla de fines, deseos y esperanzas. Esperanzas con un valor positivo y sin las cuales el hecho de vivir, lo más importante que nos ocurre, resultaría absurdo e insostenible.

A la hora de cualquier reflexión sobre el futuro, no puede olvidarse que el presente es poco agradable, que nos encontramos en una encrucijada histórica, en una crisis general de dimensiones nunca conocidas; pero tampoco debemos perder de vista que tales situaciones, con distinta intensidad, se han dado siempre. Y han ocurrido porque el hombre es el único ser que ha de plantearse la inquietante cuestión de qué hacer con su vida; cuestión que implica, con forzosidad imperiosa, establecer relaciones con el mundo y los semejantes, dando lugar, de forma inevitable, a conflictos y desajustes cuya superación y corrección implican, con frecuencia, costes altos y dolorosos.

Nada indica, sin embargo, que marchemos hacia atrás; en contra de lo que pensaba Jorge Manrique, ningún tiempo pasado fue mejor. Caminamos adelante, aunque quizá por caminos tortuosos y difíciles. De las crisis, como de ciertas enfermedades, salimos con nuevas defensas. La sensación de retroceso es un error de perspectiva de quienes estamos inmersos en los acontecimientos. La evolución en el modo de actuar, de concebir la sociedad; el viraje en la trayectoria histórica con

rumbo distinto, son hechos lentos e irreversibles, y su percepción escapa al observador que no se encuentra alejado en el tiempo.

Esta manera progresiva de comportarse la humanidad no le es privativa, sino consecuencia de una Ley más general: la vida, en todas sus manifestaciones, se niega a perecer y lucha por la supervivencia, adaptándose a las circunstancias adversas que tratan de ahogarla, hasta lograr emerger con espléndida energía y anhelante palpito.

Lo que el hombre no debe olvidar, haciendo un buen ejercicio de modestia, es que existe una interdependencia entre todas las formas de vida; que lo verdaderamente importante, es conservarlas y propiciarlas. Todo lo demás resulta accesorio y banal. Las ideologías, las creencias, los sistemas de organización, sólo son válidos si favorecen el desenvolvimiento y desarrollo vital de todos los seres. En caso contrario, se impone y está justificado el cambio de ideas, de maneras, de estructuras con objeto de conseguir que eso tan sugestivo y único que nos acontece —vivir— se realice con plenitud.

Pese a ciertos indicadores o signos negativos que parecen enturbiar cualquier optimismo, hemos de tener fe en que el futuro, el tiempo por llegar, será mejor que el pasado. Abandonar esta esperanza sin tratar de alcanzarla sería, además de un suicidio, una estupidez.

Miguel MOLINA